

CARRUAJE DEL «FOX TERRIER».
SEGUNDO PREMIO EN LA BATALLA DE FLORES.

— ¿Por qué usted, que no es un hombre vulgar y sirve para cosas mejores, se ha dedicado a profesión tan peligrosa? — Por una razón muy sencilla — contestó el torero. — Porque después de pensarlo mucho, me he convencido, de que sin una suerte excepcional, no hay en España oficio, ni aun el de Presidente del Consejo de Ministros, ejerciéndole con pureza, que proporcione al año veinticinco ó treinta mil duros. — La explicación es contundente; si por dinero baila el perro, por dinero siempre habrá quien se exponga a los cuernos del toro, aunque éste tuviera seis ó siete como el de la popular zarzuela.

Así, pues, los que temen la extinción del toro, que no son pocos, se equivocan de medio á medio, como los anarquistas. Estos fogosos señores creen y se sacrifican por la idea de que matando emperadores, reyes y presidentes, se derrumbarán tronos y se extinguirá el principio de autoridad, y ni aun los hechos les disuaden de tal error. Mientras existan hombres, mujeres, niños y niñas, siempre habrá príncipes coronados, presidentes sin corona, mikados, negues y demás zarandajas autoritarias, y hasta cuadrillas femeniles de toro.

Hay que matar las ideas, no á los hombres.
Si don Tancredo, sin defensa, vestido en traje de estatua de magnesia, se expone inmóvil á los furiosos del toro; cómo no ha de haber, quien provisto de capote ó de muleta y teniendo una valla de refugio, se arries-

quienes les substituyeran: con los toreros sucede lo que con las ranas en el estanque, por cada una que se zambulle saltan media docena. La razón es bien clara; prescindiendo de la afición desmedida, que mueve á los que en Madrid se llama capitalistas á bajar al redondel exponiéndose gratis á los revolcones de los novillos, media otro móvil más poderoso. «Oiga usted, Mazzantini» — dijo en una ocasión á este diestro un amigo

que á una cornada eventual por una ganancia segura? Lo malo es que el público suele ser más bruto que los lidiadores y que las reses que se lidian, y tiene exigencias injustificadas; hay toros, á los que sólo puede matar sin grave peligro el disparo de un Matússer. Por fortuna son muy pocos.

Algunos se preguntan: «¿Habrá algún demonio anarquista que sople en las ganaderías el espíritu de rebelión y protesta, ó es que degenera la raza brava taurina?» Lo primero es una lucubración chancera, pero lo segundo puede ser verdad. Los Veraguas y aun los Saltillos no son ya lo que eran; antes, los malos eran una excepción; ahora, muchos son buyes bravos; y sabido es que cuanto más valiente el toro es más fácil de lidiar por diestros que sepan su oficio.

El arte da serenidad, y yo creo que ésta es la que falta á la mayoría de los modernos lidiadores; no por falta de valor sino por arrebato. Por esto pasan de muleta y hieren con rapidez, siendo así que cuanto más lento, resulta el toro más elegante. De esto y de la repetición de estocadas provienen las cogidas. La res herida aprende y se hace recelosa, y al diestro de vergüenza, para no deslucirse, no le queda más recurso que tirarse de cualquier modo exponiéndose á las consecuencias.

Esto consiste en que no puede haber toreros improvisados. Mazzantini ha sido una excepción. El antiguo Julián Romea pudo pasar de un golpe de racionista á primer actor; pero el toro, que es un oficio manual que necesita práctica, no admite improvisaciones.

Antes, en el toro se exigían aptitudes, tiempo de ejercicio y condiciones físicas para tomar la alternativa de matador; principalmente robustez y estatura.

— Mire usted — me decía el célebre picador el Coriano, — mis compañeros van *afiminzándose*; antes no salían de las tabernas, ahora están siempre en los *cafés*, tomando cerveza y hasta chocolate, y *paecen* mequetrefes de esos que se ponen de muestra en las tiendas.

Y hasta cierto punto tenía razón... pero basta, temo que de seguir, el lector me dé un revolcón moral.

F. MORENO GODINO

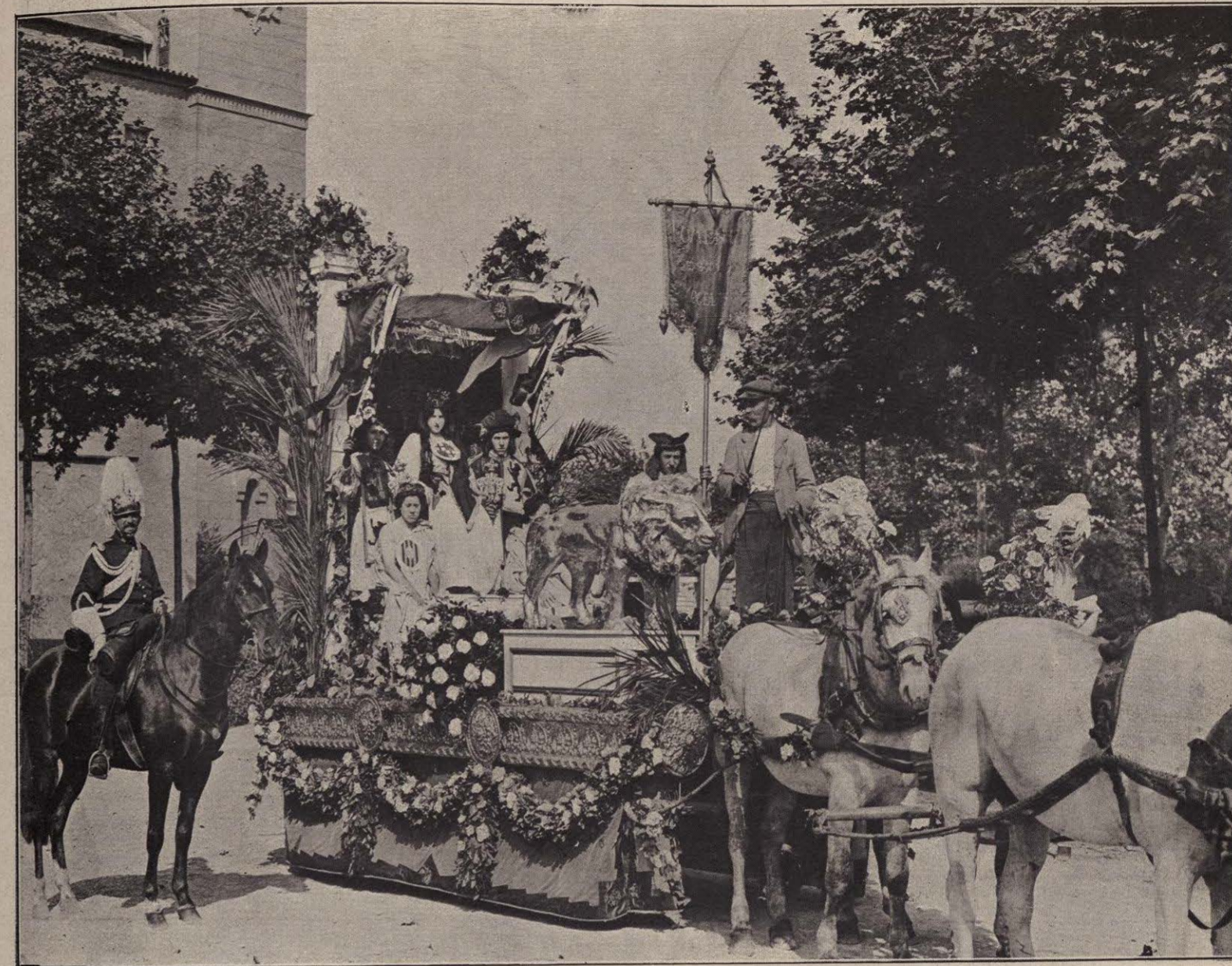
JUAN SOLDADO

ERA Juan uno de los más gallardos mozos de un pueblo de la alta montaña de Cataluña, que no hace al caso nombrar, y en el que ejercía el oficio de panadero cuando llegó á la edad de entrar en quintas.

Tocó en suerte un número bajo y, por las circunstancias en que se hallaban sus padres, hubo de comprender que no le quedaría más remedio que cargar con el chopo.



CARRO DEL MERCADO DE LA CONCEPCIÓN.



CARRO DEL FOMENTO FESTIVAL BARCELONÉS.

Esta inmediata perspectiva llenó de amargura su corazón.

Y no era que Juan fuese cobarde, pues en distintas ocasiones había dado muestras de animoso y, desde muy joven, hizo respetar, no sólo de sus compañeros, sino también de hombres hechos y derechos, según dice el vulgo.

La idea de ir al servicio no le arredra; importábase poco sufrir las molestias y correr los riesgos á que, aun en tiempo de paz, está expuesto el soldado; y sin embargo, desde que supo el resultado del sorteo, negra nube de tristeza envolvió su alma.

— ¡Parece que tengo aquí encima un pan de nueve libras! — decía el pobre mozo, golpeándose con fuerza el pecho, en el sitio del corazón.

El dueño de la tahona, hombre de edad y de experiencia, al oír tal exclamación, le dijo, en tono de zumba:

— ¡Vamos hombre!... ¡Ya yo sé cómo se te quitaría ese peso!

— Pues si usted lo sabe y me lo dice, — repuso ingenuamente el joven, — me habrá hecho un favor, porque yo no doy con ello y estoy incomodado conmigo mismo, al considerar que parezco un chiquillo medroso que se asusta ante la idea de ver venir al coco... ¡Y bien sabe Dios que no es eso!

— ¡Claro! ¡Como que es lo otro! — replicó el tahonero sin dejar su tono burlón.

— ¿Qué otro?

— ¡Mejor dicho, la otra!

— ¡La otra!

— ¡Sí, hombre, sí!... ¡Aunque creas que nadie lo sabe, soy perro viejo y tengo tal olfato para oler amoríos, que me las apuesto con el mejor de los perros de caza!

Y lanzó una carcajada, mientras que Juan se ruborizaba hasta las orejas, murmurando:

— ¡Yo... no sé... no entiendo!

— ¡No sé!... ¡No entiendo!... — dijo el tahonero remedándole... —

Vamos á ver: ¿á que si fuese de cantinera del batallón la Tereseta, irías al servicio más contento que unas Pascuas y no tendrías el pecho convertido en panadería?

Estas palabras aumentaron de un modo extraordinario la turbación de Juan, que bajó la cabeza y permaneció confuso y silencioso durante algunos momentos.

Por fin, irguiéndose y fijando una mirada de asombro en su interlocutor, exclamó:

— ¿Quién se lo ha dicho á usted?...

La contestación fué una nueva carcajada, seguida de esta otra pregunta:

— Ven acá, Juan de mis pecados: ¿quién me lo ha de haber dicho? ¿quién se lo ha contado á todo el pueblo sino tú mismo?

— ¡Yo! — dijo con indignación el mancebo.

— ¡Tú!... ¡El mismo que viste y calza!... Espera, espera y no me interrumpas... Vas á afirmar que de tu boca no ha salido tal confesión, cosa que yo sé perfectamente...

— Entonces...

— ¡Eso no importa!... ¡Si no has hablado, has mirado, has suspirado, poniendo los ojos en blanco, has hecho más de lo necesario para que todos, en el pueblo, incluso la misma interesada, sepamos á qué atenernos!... ¡Sólo parece extraño que tú, no pecando de corto, ni de encogido, dejes pasar el tiempo, sin decir á la chica:— ¡Por ahí te pudras!...

Al oír que Tereseta estaba tan enterada como los demás de lo que pasaba en el corazón de Juan, éste cambió de color.

— ¡Cree usted... — balbuceó, — que ella supone... que imagina!...

— ¡No imagina ni supone nada!... ¡Sabe que estás enamorado de ella!... ¡Ni más, ni menos!...

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.

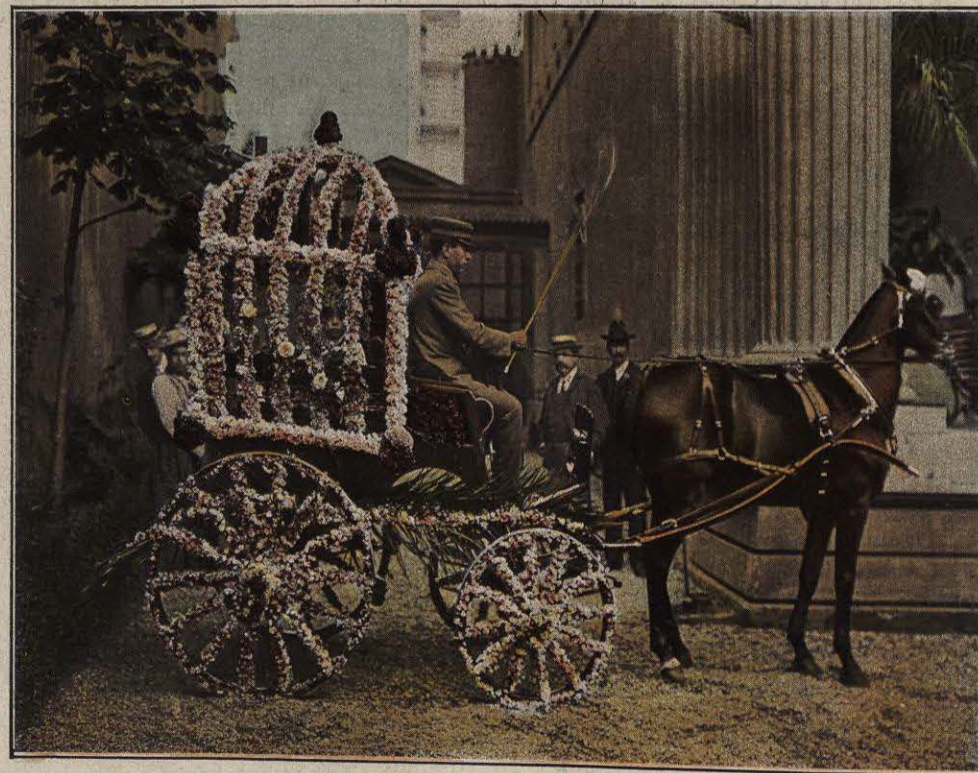
— ¡Pues... pues no me lo ha dado á entender!... — dijo cándidamente Juan.



BATALLA DE FLORES. — «CONCHA», DE DOÑA AGUSTINA GERADA. — PRIMER PREMIO.

— ¿Y por qué había de hacerlo?
 — ¡Ni se ha mostrado enojada conmigo!...
 — ¿Por qué había de estarlo?...
 — Es que... digo... me parece que... cuando una mujer sabe que un hombre la quiere y no le muestra desvío...
 — ¡Si es, como la Tereseta, una joven honrada y buena... me parece... digo yo... que también le debe querer a él!... ¡Es muy probable que así sea!
 — ¡Dios mío!... ¡Si ella me quisiera!... ¡Qué felicidad!... Digo mal; ¡qué desgracia!...
 — ¡Desgracia! ¿Te has vuelto loco?...
 — ¡Para perder el juicio es el caso!... ¡Cerca de dos años hace, ¿sabe usted?... que suspiro por ella, que es mi vida, que no pienso más que en ella, que sólo por Tereseta vivo!... ¡Y figúrese usted que ahora se lo digo... que me da el sí... y que tengo que dejarla!... ¡Vamos!... ¡Es cosa de desesperarse!...
 El tahonero se encogió de hombros. ¡Hacia muchos años que había sentido el primer amor!
 — Yo que tú, — repuso, — lo que haría es no perder el tiempo... Teresa, como has dicho muy bien, es una chica honrada y formal; si te acepta por novio, te será fiel... Podrás marchar tranquilo á cumplir con la Patria; á tu regreso, os casáis... ¡y laus Deo!
 — De modo que usted cree?... — comenzó á decir Juan, animado por las palabras de su amo.

— ¡Que ya has per-



JARDINERA DE DON LUIS MASRIERA, EN LA BATALLA DE FLORES.

dido bastante tiempo y ahora te toca aprovecharlo!... Conque... ¡ánimo... y á ella!
 Dicho lo cual, se separó del joven, dándole un amistoso golpecito en el hombro.

Teresa Soler, la amada de Juan, era una hermosísima joven de diez y ocho años, con grandes ojos negros, correcta faz trigueña y negrísimo y abundante cabello. Su estatura era más bien alta que baja, airoso el tallo y gracioso el andar; en suma, reunía tales perfecciones que no sólo Juan sino otros muchos mancebos del pueblo y aun de la capital de la provincia, se hubieran considerado dichosos con obtener las primicias de su corazón.

En cuanto á la parte moral, había sido perfectamente juzgada por el panadero y por su dependiente; era una muchacha honrada y formal, ni amiga de bulliciosas diversiones, ni capaz de los más inocentes coqueteos.

Verdad es que, ella también, como Juan, amaba en secreto; mas, por fortuna para el joven, él era el elegido de su corazón.

Ambos, habitantes en dos casas contiguas, habiéndose criado juntos, juntos habían pasado su infancia, y á un mismo tiempo habían sentido el uno por el otro esa pasión avasalladora, dueña de la Humanidad, que por ella subsiste, y que se llama el amor.

Pero Juan, al contemplar á Teresa, al admirarsus encantos, decía para sí:

— ¡Vale mucho más que yo!... ¡No la merezco! ¡No hará caso de mí!...
 ¡Y esta fatal idea sellaba su boca, haciéndole volver hasta el fondo del corazón la expresión de sus sentimientos, pronta á brotar de sus labios!

Las mujeres son más perspicaces que nosotros. Teresa no tardó en comprender lo que pasaba en el ánimo de su amigo de la infancia, y se sintió feliz, pues acostumbraba á pasar las mejores horas de su existencia junto á él, ¿cómo no le había de halagarle la idea de ser su compañera de toda la vida?

Sin embargo, su natural pudor, su dignidad mujeril, hicieronla abstenerse de dar á conocer al joven que había descubierto su secreto.

Así se hallaban las cosas, cuando Juan, animado por las palabras de su amo y excitado por lo crítico de la situación, resolvió despejar la incógnita, á la primera ocasión, que no se hizo esperar.



AUTOMÓVIL DE DON JOSÉ COMAS SOLÁ. — ACCÉSIT EN LA BATALLA DE FLORES.

Era al caer de la tarde y las mozas volvían de la fuente, con los cántaros llenos de agua fresca para la cena.

Juan salió al encuentro de su amada que, como sus compañeras, había ido á buscar el indispensable líquido, y la dijo en voz baja:

— ¡Hemos de hablar!

Teresa se ruborizó y su corazón latió con violencia.

Las palabras del joven nada tenían de particular; pero fueron dichas en tono tal y acompañadas de tal mirada que aquélla adivinó la llegada del momento en que el hielo iba á fundirse, en que la esfinge iba á romper su largo silencio.

Del modo más natural del mundo, fué rezagándose de sus compañeras y, al quedar sola con el mancebo, fijó en éste una mirada, entre tímida y curiosa y dijo:

límpida y serena reflejaba la felicidad; luego los volvió á bajar y, con voz casi imperceptible, parecida á un soplo, pronunció este expresivo monosílabo:

— ¡Sí!

¡Qué feliz fué la velada aquélla para los dos jóvenes!

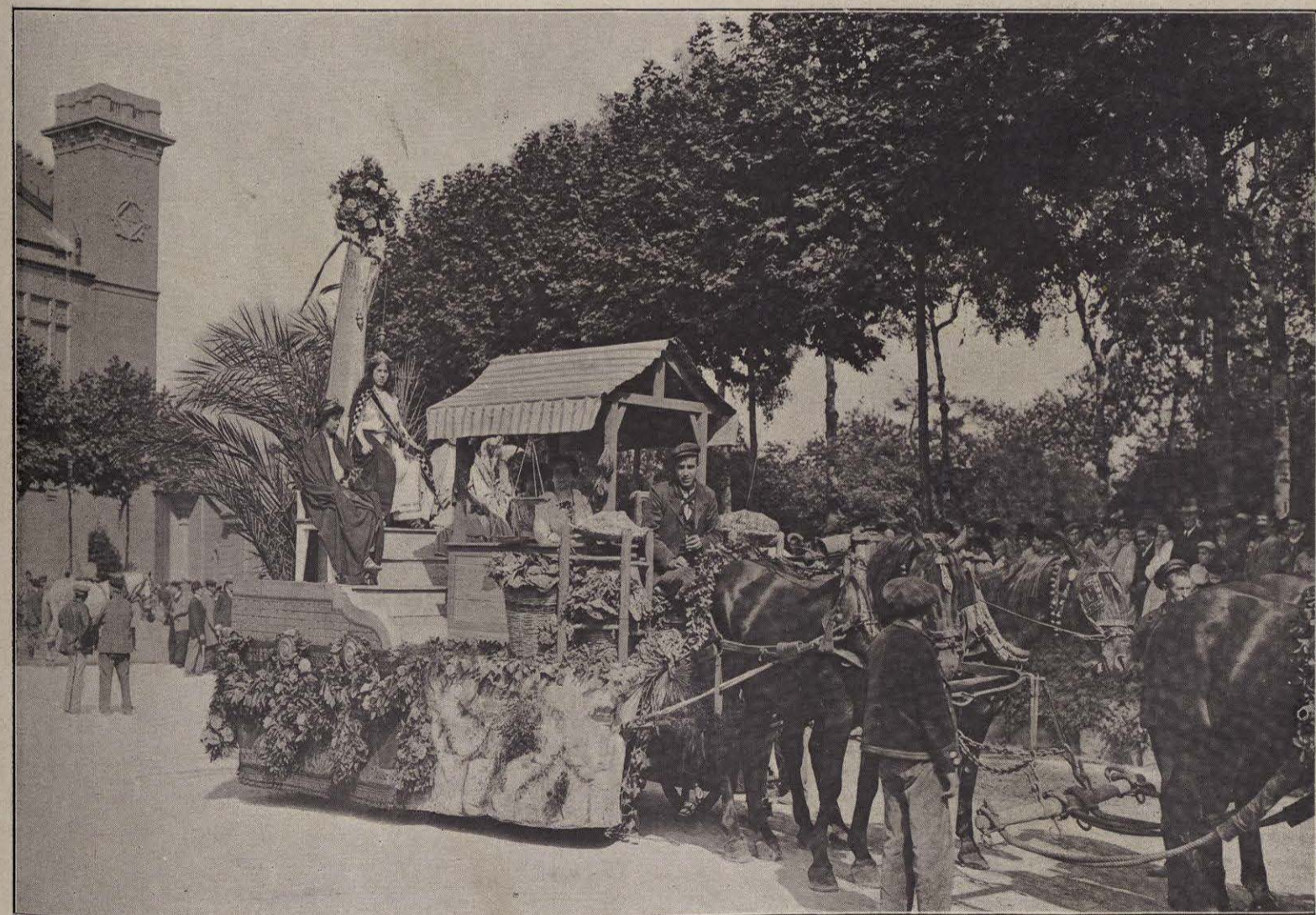
Dos largas horas emplearon en recordar lo pasado y en fijar planes para lo porvenir.

Cuando se separaron, después de repetirse hasta la saciedad que se amaban y que se conservarían mutua é inquebrantable fidelidad, ambos sentían como si hubiesen recibido un nuevo sér, y en las dos mentes se destacaban luminosas, estas ideas:

— ¡Qué hermosa es la existencia!... ¡Qué bueno es Dios!...

EDUARDO BLASCO

(Concluirá).



CARRO DEL MERCADO DE LA REVOLUCIÓN (Gracia).